

STUART MILL: LA UTILIDAD DE LA RELIGIÓN EN SU 140° ANIVERSARIO

JUAN RAMÓN FUENTES JIMÉNEZ

Doctor en Filosofía
Profesor de I.E.S.
Consejería de Educación del Principado de Asturias
I.E.S. Bernaldo de Quirós
Asturias /España
ramonfj@educastur.princast.es

Recibido: 26/03/2014
Revisado: 21/08/2014
Aceptado: 03/10/2014

Resumen: El presente trabajo pretende ser una revisión al ensayo filosófico de John Stuart Mill titulado *La Utilidad de la Religión*, conectado con sus *Tres Ensayos sobre Religión*, cuando se cumplen 140 años de su publicación. Se trata de releer los aspectos más importantes que acometió Mill en este ensayo desde nuestra época, para comprobar cómo algunos aún siguen siendo de actualidad. Son cuestiones, por tanto, abiertas y que exigen reflexión en nuestros días. Entre otros aspectos cabe citar: felicidad, religión, bienestar general, cristianismo.

Palabras Clave: Bienestar General, Cristianismo, Cristo, Felicidad, Utilidad, Utilitarismo.

STUART MILL: THE UTILITY OF RELIGION AT 140th YEAR

Abstract: This work tries being a review about the philosophical essay of John Stuart Mill *The Utility of Religion*, linked to *Three Essays on Religion*, which was published 140 years ago. It is treated of reviewing the most important aspects which were treated by Stuart Mill in this essay. This review is made from our age for testing the fact related to several issues treated by Mill at that moment. These aspects nowadays are current, and also those issues are debated currently. Among those problems we can note happiness, religion, welfare, christianism.

Keywords: Christ, Cristianism, Happiness, Religion, Utilitarianism, Utility, Welfare.

1. NOTA INTRODUCTORIA

A la hora de revisar *La Utilidad de la Religión* en nuestro autor, hay que precisar que dicho ensayo se publicó en 1874, después del fallecimiento de Mill un año antes. Igualmente hay que acotar que este ensayo forma parte de un cuerpo literario filosófico más amplio que se titula *Three Essays on Religion*, el cual se compone de *Nature*, *Utility of Religion* y *Theism*. De acuerdo con la nota introductoria de la hijastra de Mill, Helen Taylor, los dos primeros ensayos se compusieron antes de 1860, en tanto que el tercero se compuso entre 1868-70¹, pero en la primera edición aparecen juntos formando un cuerpo compacto y bien secuenciado. Por tanto, a la hora de revisar la aportación de Mill en este campo de la Religión, habrá de tenerse en cuenta *La Utilidad de la Religión*, pero conectada con los dos antes citados. Igualmente en la exposición que sigue será tenida en cuenta tanto la versión original compendiada en *Collected Works of John Stuart Mill*, correspondiente a la edición de John M. Robson, en el volumen X que se titula *Essays on Ethics, Society and Religion*, y que contiene los mentados *Utility of Religion*, *Theism* y *Nature*, compendiados en el ya citado *Three Essays on Religion*. Del mismo modo se tendrá presente la versión castellana de *La Utilidad de la Religión*. Todas estas obras serán citadas por igual.

2. CONTEXTO HISTÓRICO, SOCIAL Y CULTURAL

La Utilidad de la Religión es compuesta por Stuart Mill entre 1850-1858. Se trata del Mill maduro. Este aspecto es importante puesto que el autor vive y experimenta los acontecimientos más importantes de la segunda mitad del siglo XIX. Para comprender en rigor qué aporta Mill al analizar la religión, las creencias religiosas en general, y el Cristianismo en particular, es importante tener en cuenta el contexto en que se inserta su pensamiento en esta obra y en este momento histórico.

En el tiempo en que John Stuart trabaja sobre esta obra Europa experimenta importantes cambios. Así, se puede decir que la sociedad europea –en su mayoría– es una sociedad de clases. El liberalismo político que vino a truncar el Antiguo Régimen decadente se alza en esta nueva centuria como alternativa social, política y económica. Se trata de un nuevo modo de percibir la realidad,

1 Cfr. MILL, John S., *Three Essays on Religion*, en: ROBSON, John M. (Ed.), *Collected Works of John Stuart Mill*, Toronto, University Press, 1985, p. 385. Se trata de la nota introductoria y aclaratoria de la propia Helen Taylor

de comprenderla y de explicarla. Ese liberalismo político tiene su correlato en la existencia de regímenes democráticos parlamentarios que se extienden más allá de las Islas Británicas. Será el caso de Francia, Bélgica, Holanda o España.

Junto al contexto político está el económico. El liberalismo político trajo consigo un modelo económico que también enfatiza los talentos y capacidades de los individuos. De este modo, la economía queda en manos de los burgueses talentosos que, ávidos de mejorar sus posibilidades, harán que el liberalismo económico se transforme en capitalismo. Se trata de una nueva forma de comprender la sociedad, y de entenderla como una relación permanente de desencuentro entre quienes tienen –unos pocos– y quienes prácticamente no tienen ni lo indispensable para vivir –la mayoría–. Si se puede convenir que es la economía la que realmente mueve a un Estado, no es menos cierto que un Estado o una sociedad que sólo se mueve por y para el dinero, minimizando al individuo, necesita revisión moral.

En el tiempo en que Mill escribe y en el que se publica su obra, frente al modelo antes citado, se alza otro que pretende ser alternativa al liberalismo político. Se trata del marxismo, socialismo científico o comunismo. Ello es así, entre otras cosas, debido a la ola revolucionaria que asola a Europa, fundamentalmente a finales de los años 40 del siglo XIX. Desde esas revoluciones populares, cargadas de discursos que cantaban las alabanzas de la república, se dieron multitud de barricadas que se alzaban como signo inequívoco del desencanto del ser humano por sentirse engañado por la clase burguesa que los había utilizado para derrocar el Antiguo Régimen y establecerse solidamente en la sociedad, y así poder dedicarse a su actividad de referencia: el mercado. Es Marx quien anima a los proletarios obreros a que se unan; es el filósofo de Trêveris el que arenga a la dictadura del proletariado; a finiquitar el individualismo e imponer el colectivismo en todos los campos.

También, unido a lo anterior, hay que indicar que en ese contexto aparecen avances que la II Revolución Industrial trajo en tecnología con implementaciones en diversos campos: medicina, ciudades, biología, química y otros campos. Ingentes avances tecnológicos que buscaban la mejora de la sociedad, de sus individuos, pero ante los que cabe plantearse –como más tarde hizo La Escuela de Frankfurt– si trajeron progreso moral. Es también la época en que Charles Darwin saca al ser humano del contexto teológico en que se hallaba inserto y lo ubica en el de la Naturaleza al nivel de restos de seres. Duro golpe a la Teología que también tuvo que enfrentarse a las embestidas del pensamiento nietszcheano que deplora a Dios y pide su “muerte” en aras del superhombre cargado de voluntad de poder, de individualismo, para poder hacer cuanto quiera, ya sea construir o destruir.

Es en este contexto social, político, económico, cultural en el que Stuart Mill ofrece una visión de la religión en general, y de la cristiana en particular, que nada

tiene que ver con el radicalismo ateo marxista, con las posiciones de Nietzsche o con las aportaciones que, queriéndolo o no, hizo Charles Darwin. Lo llamativo en John Stuart Mill es que, desde su rigor académico, aporta una visión que bien puede tener consideraciones en los tiempos en que vivimos.

3. UTILITARISMO Y RELIGIÓN

John Stuart Mill es conocido como uno de los padres, sino el principal, de la doctrina filosófica del Utilitarismo. Será oportuno plantear qué es el Utilitarismo de modo general para poder relacionarlo con la cuestión de las creencias religiosas. En este sentido es el propio Mill quien afirma que “un credo que acepta como fundamento de la moral el Principio de Utilidad o de la Felicidad, entenderá como correctas las acciones que promueven la felicidad e incorrectas las contrarias”². Se deja ver que el Utilitarismo pretende ser una teoría de la vida. Es una reflexión acerca de nuestra experiencia vital como seres que transitamos por este mundo y que tenemos por objetivo común ser felices. Para ello será necesario que los seres humanos practiquen conductas que pongan de manifiesto los sentimientos más nobles que se tengan. El fin es la felicidad y curiosamente en sus escritos Stuart Mill usa ambos, felicidad y utilidad, indistintamente, como sinónimos el uno del otro. Para Mill “la regla de la utilidad o felicidad es la regla directriz de la conducta humana”³. Con ello Mill va más allá del hecho de que alguien para ser considerado buena persona deba adherirse manifiestamente al Utilitarismo. Es más que eso, el criterio de la utilidad o de la felicidad “lo constituye no la mayor felicidad del propio agente, sino de la mayor cantidad total de felicidad”⁴. Todo ello remite a un aspecto antropológico, a saber, es necesario para que las sociedades sean lo más felices posibles que se cultiven al máximo los sentimientos y cualidades más nobles de las personas⁵.

Por otro lado, pero relacionado con lo anterior, el Utilitarismo no sólo se ocupa y preocupa por la consecución de la felicidad; no es que se enroque en buscar la felicidad sin más. El Utilitarismo también se ocupa y preocupa de mitigar y minorar al máximo la infelicidad⁶. Stuart Mill con esta línea de pensamiento ofrece una alternativa en su época para encarar la vida: frente a quienes manifiestan abiertamente un vitalismo en ocasiones excesivamente pesimista; ante los que

2 Cfr. MILL, John S., *El Utilitarismo*, Madrid, Alianza, 1984, p. 45.

3 Op. cit., p. 53.

4 Ibid., p. 53.

5 Op. cit., p. 54.

6 Op. cit., p. 55.

defienden que el placer sólo es de unos pocos, y de unos muchos el trabajar para que esos pocos vivan placenteramente; en definitiva, ante los pesimistas que no creen que sea alcanzable la felicidad y que si lo es ha de ser por la vía *quasi* violenta, John Stuart ofrece otra alternativa. Él entiende que tal percepción pesimista de no alcanzar la felicidad es una exageración⁷; y sobre todo “si por felicidad se entiende una continua emoción altamente placentera..., resulta evidente que esto es imposible”⁸. ¿Qué es pues, si cabe y de modo más concreto la felicidad? Es preferible dejar que Mill hable:

La felicidad a la que se referían los filósofos no es la propia de una vida de éxtasis, sino de momentos de tal goce, en una existencia constituida por pocos y transitorios dolores, por muchos y variados placeres, con un decidido predominio del activo sobre el pasivo, y teniendo como fundamento de toda la felicidad no esperar de la vida más de lo que la vida pueda dar. Una vida así construida ha resultado siempre, a quienes han sido lo suficientemente afortunados para disfrutar de ella, acreedora del nombre de felicidad⁹.

Por tanto, la felicidad para Stuart Mill no es ese deseo de satisfacción del placer de modo instantáneo, efímero, aquí y ahora. No tiene que ver nada con la satisfacción de los sentidos sin más. El afán de tener bienes materiales para que proporcionen más placer; el añadir a la existencia humana momentos aislados y poco duraderos de placer, es decir el vivir en la inestabilidad que proporciona el placer no es el camino. Se trata de adornar la vida con la felicidad, algo más elevado que el placer y más estable. ¿Por qué Mill hace esta reflexión y esta aportación? Porque en la época en que vive también la gente vive presa de los placeres que proporcionaban los nuevos inventos tecnológicos; porque también existían personas que invertían la mayor parte de su tiempo en crecer económicamente, a costa de decrecer moralmente; porque situaciones socioeconómicas de opresión, empleo precario, analfabetización y demás se daban en aquella época¹⁰. Por todo ello el propio Mill afirma que “la desafortunada educación actual, así como las desafortunadas condiciones sociales actuales son el único obstáculo para que sea (la felicidad) patrimonio de todo el mundo”¹¹. Así, y como él mismo dice, las

7 Ibid., p. 55.

8 Ibid., p. 55.5

9 Op. cit., pp. 55-56

10 Téngase en cuenta en todo momento el contexto antes citado en que vive Mill. Las relaciones entre patrones burgueses y obreros proletarios eran inhumanas. Las máquinas eran utilizadas como arma arrojada contra el obrero si éste no cumplía con su trabajo en su larguísima jornada laboral en la que trabajaban todos los miembros de la familia para poder malvivir.

11 Op. cit., p. 56.

causas de la infelicidad, de la vida insatisfecha son el egoísmo y la carencia de cultura intelectual¹².

Apunta el autor de *El Utilitarismo* al egoísmo como una de las causas que impide el progreso moral, personal y social en el conjunto de la sociedad. Egoísmo que perfectamente se entiende como origen de la codicia, el afán de tener cada vez más y más ansiosamente, la avaricia y en definitiva el olvido del otro para centrarse en uno mismo. O lo que es lo mismo, el individualismo. Ante esto Mill postula que frente al egoísmo y pensar cada uno en sí mismo y en su felicidad aún a costa de los demás, es notable la conducta del sacrificio del propio bien si con ello se añade más felicidad al conjunto de la sociedad. No en vano dirá que:

Indica nobleza el ser capaz de renunciar por completo a la parte de felicidad que a uno le corresponde [...]. Merecen toda suerte de alabanzas los que son capaces de sacrificar el goce personal de la vida, cuando mediante tal renuncia contribuyen meritoriamente al incremento de la suma de la felicidad del mundo¹³.

Muestra así Mill el valor del individuo comprometido con la felicidad general. En la misma línea se entiende al de *Pentonville* cuando afirma que “la moral utilitarista reconoce en los seres humanos la capacidad de sacrificar su propio mayor bien por el bien de los demás”¹⁴. Lo que sí rechaza Stuart Mill es que se pretenda admitir el sacrificio como un bien en sí mismo. No lo es¹⁵.

Por tanto, se observa en Mill una reflexión desde la ética en torno a la felicidad; y dentro de la misma se preocupa por la mayor cantidad para el mayor número de individuos. Lo que modernamente denominamos bienestar general o bien común. Y dentro de ello es valorable el sacrificio, la renuncia del placer, del bien individual si es en vistas a un fin mayor, el general. Con estas premisas no es difícil comprender que el filósofo londinense termine invocando el Cristianismo como fundamento del Principio de Mayor Felicidad o de la Utilidad:

En la regla de oro de Jesús de Nazaret encontramos todo el espíritu de la ética de la utilidad: “Compórtate con los demás como quieras que los demás se comporten contigo” y “Amar al prójimo como a ti mismo”, constituyen la perfección ideal de la moral utilitarista¹⁶.

Esta declaración de Stuart Mill pone a las claras que su posición frente a la religión no es condenatoria. Mill trata de leer en positivo la religión como un

12 Op. cit., p. 57.

13 Op. cit., p. 60

14 Op. cit., p. 61.

15 Op. cit., p. 57.

16 Op. cit., p. 62.

aspecto más dentro de las sociedades. Y por ello él entiende que el mejor modo de alcanzar esa felicidad en las sociedades es “que las leyes y organizaciones sociales armonicen en lo posible los intereses de cada individuo con los intereses del conjunto”¹⁷. Su consideración no sólo tiene esta implicación política y social citada. También, y dentro de esas dimensiones, alcanza a la educación. La educación tiene para Mill un gran poder sobre las conductas humanas. Desde ella se trata también de que “en todos los individuos el impulso directo de mejorar el bien general se convierta en uno de los motivos habituales de la acción”¹⁸. Sólo así una sociedad es capaz de progresar. Esta visión choca con la de su contemporáneo Herbert Spencer que confiaba a la biología sin más la mejora de la especie humana.

4. RELIGIÓN, UTILIDAD Y SOCIEDAD

Teniendo en cuenta, como se ha apuntado antes, que El Principio de Utilidad busca la mayor felicidad para la mayor cantidad de personas; dado que la persona vive en sociedad; aceptado que la vida en sociedad exige normas, leyes y que esa vida social contiene hechos diversos tales como políticos, económicos, organización del Estado y religiosos; y considerando que todos ello son hechos sociales, todo ello permite concluir que la religión es un hecho social más para Mill¹⁹.

Es en ese marco social en el que la cuestión religiosa no pasa desapercibida para Stuart Mill, todo lo contrario, él mismo se percata de que en su tiempo “vivimos una época en las que se han debilitado las creencias”²⁰, seguramente y entre otras cosas porque “la tendencia a no creer parece que aumenta a medida que aumenta el conocimiento científico y la capacidad crítica de discernir las cosas”²¹. Mill, con su análisis pretende “considerar con mayor imparcialidad y rigor si todo ese empeño por mantener las creencias religiosas nos compensa en lo tocante al bienestar y felicidad humana”²² De modo directo se plantea “¿Qué hace la

17 Ibid., p. 62.

18 Op. cit., p. 63. Y el propio Mill plantea ¿qué otra ética o sistema moral puede ofrecer alternativas no contenidas en el del Utilitarismo?

19 En este sentido se deja ver en Mill la influencia que ejerció sobre él Augusto Comte al considerar la religión como un hecho social más. Este mismo parecer se muestra en Max Weber posteriormente.

20 Cfr. MILL, John S., *La Utilidad de la Religión*, Madrid, 1986, p. 35

21 Op. cit., p. 87.

22 Op. cit., p. 37.

religión por la sociedad, y qué hace por el individuo y qué beneficios trae?”²³ Todas estas cuestiones tratan de ser abordadas por John Stuart desde un enfoque utilitario y empírico, con el ánimo de dar soluciones que satisfagan a todos.

Dado que se trata de aclarar si las creencias religiosas en general, y la religión cristiana en particular son beneficiosas en el sentido utilitario del término, parece oportuno plantear qué puede objetivar Stuart Mill, el filósofo utilitarista, en relación con las cuestiones principales de la religión. Para ello será pertinente acometer la cuestión de la existencia de Dios en relación a Mill.

El hijo de James Mill analiza desde un punto de vista absolutamente empírico la cuestión de la existencia de Dios. En su época se discutían diversos argumentos: El Argumento de La Fuerza Originaria; el del Consenso; el Cartesiano; y el del Diseño. Stuart Mill rechaza los tres primeros: el de la Fuerza Originaria porque desde la Naturaleza no se puede demostrar algo anterior a dicha fuerza; el argumento del Consenso porque por el mero hecho de que unas personas investidas de autoridad hagan unas conjeturas no se sigue que Dios exista; sobre el *a priori* cartesiano está en contra porque por el hecho de desear algo no se colige que ese algo exista²⁴. Al que sí le da crédito es al Argumento del Diseño, y por ello dirá: “nosotros alcanzamos ahora un argumento que tiene realmente carácter científico [...]. El argumento del diseño está totalmente fundamentado sobre la experiencia”²⁵.

Por tanto, el único argumento al que concede cierta plausibilidad es al del Diseño. Si bien Mill no se muestra concluyente, acepta que, por medio del mentado argumento, Dios pueda existir. Por lo tanto, el filósofo utilitarista Mill no es ateo, tampoco creyente en el sentido estricto del término. Stuart Mill al aceptar la posibilidad de la existencia de Dios, al asumir –de modo avanzado para su tiempo– la compatibilidad entre evolucionismo y Creación, se mueve en el terreno de un agnosticismo moderado.

Junto a este aspecto, no menos importante en cualquier creencia religiosa es la cuestión de la inmortalidad. Si se habla de religión, parece adecuado asumir la existencia de otra vida tras la biológica, que el ser humano vive en el espacio y en el tiempo finitos. Sobre esta cuestión un filósofo empirista como Stuart Mill también tiene algo que decir. Y lo que aporta Mill también resulta relevante dado que partiendo de la Naturaleza y como riguroso empirista observador de ella, afirma que “no existe ninguna evidencia que contradiga la tesis de la inmortalidad del

23 Op. cit., p. 42.

24 MILL, John S., “Theism”, en: ROBSON, John M. (Ed.), *Collected Works of John Stuart Mill*, vol X *Essays on Ethics, Religion and Society*, Toronto, University Press, 1985, pp. 435-444.

25 Op. cit., p. 446.

alma”²⁶. Tal aseveración es importante dado que lleva anexa la idea de creencia. Es más, científicamente la creencia en la inmortalidad no puede ser descalificada.

¿Por qué resulta, pues, importante esta creencia para el ser humano? ¿Qué le trae a la sociedad tal creencia? La respuesta parece hallarse en la convicción de que esta vida terrenal está más salpicada de sinsabores que de placeres. Por ello hay en la persona una especie de religación, o de deseo de permanecer siempre tras el finiquitamiento de su ser en esta vida. De hecho Mill afirma que “mientras la vida humana esté plagada de sufrimientos, seguirá habiendo una necesidad de buscar consuelo”²⁷. Pero aunque para Stuart Mill la inmortalidad implica el deseo de ser siempre, él no puede ir contra su convicción empirista, y por ello asume que del deseo que tenga una persona de inmortalidad no se sigue invariablemente que exista otra vida que equilibre la balanza tras la muerte²⁸.

Por lo tanto, en la cuestión de la inmortalidad, Stuart Mill al equipararla con la categoría de “deseo” en el ser humano, acepta el carácter benéfico que tiene sobre el individuo, sobre sus conductas. Por eso Mill llega a afirmar que “mientras la vida humana siga siendo insuficiente para satisfacer las aspiraciones de los hombres, seguirá habiendo ese deseo. Y ese deseo encuentra en la religión el modo más obvio de ser satisfecho”²⁹.

De este modo, puede concluirse que en el autor de *La Utilidad de la Religión*, siendo un empirista riguroso, no se muestra adverso a la existencia de Dios ni tampoco a la cuestión de la inmortalidad. Ambos aspectos, predicados por Jesucristo, son cruciales para tener en cuenta cómo se comporta el individuo creyente y el que no lo es y poder observar si existen o no similitudes en ambos.

5. JESUCRISTO A LA LUZ DE JOHN STUART MILL

Con anterioridad se ha expresado que Stuart Mill valora la regla de Jesús de Nazaret de hacer el bien como la norma fundamental de la doctrina del Utilitarismo. Esta observación en un filósofo empirista, inductivista que se atiende

26 Op. cit., p. 457: There is, therefore, in science, no evidence against of immortality of the soul.

27 Cfr. MILL, John S., *La Utilidad de la Religión*, (Op. cit.), p. 74.

28 Cfr. MILL, John S., “Theism”, en: ROBSON, John M. (Ed.) *Collected Works of J. S. Mill* (o.c.), vol X, *Essays on Ethics, Religion and Society*, p. 460: To suppose that the desire of life guarantees to us personally the reality of life through all eternity, is like supposing that the desire of food assures us that we shall always have as much as we can eat through our whole lives and as much longer as we can conceive our lives to be protracted to.

29 Cfr. MILL, John S., *La Utilidad de la Religión* (o.c.), p. 74.

exclusivamente a la realidad natural para construir todo lo demás, es un aspecto muy importante. Valorar esa regla implica valorar a la persona de Jesús de Nazaret, al Jesús histórico. Ello implica que Mill admire la conducta coherente de Cristo en su predicar y en su actuar.

¿Cómo se pueden compatibilizar el pensamiento que tiene Mill en materia de creencias religiosas antes expuesto con la admiración por la figura de Cristo? Ante todo hay que considerar que el hijo de James Mill no es un pensador radicalizado en sus consideraciones. Antes bien, defiende a ultranza la libertad del individuo sin más limitación que el posible daño que se pueda cometer contra otra persona. De ahí se comprende, como se dijo más arriba, que profese esa regla de Cristo relativa a la *praxis* y conducta general del individuo, esto es, comportarse con los demás como quieras que lo hagan con uno mismo. Para el resto de cosas, Stuart Mill apuesta por el individuo y consiente en que se muestre de la forma más plástica y multiforme que desee en aras de su realización personal. Es en este aspecto, esencial, en el que también coincide con Jesús de Nazaret. Para Cristo el ser humano es un ser que, por deficiente que sea, siempre puede evolucionar a mejor; siempre existe la posibilidad de que se convierta en un ser más encomiable. Así, da la sensación de que la idea de progreso moral también la comparte Mill con el profeta de Nazaret.

Esa idea de progreso moral es posible se halle en relación con la actitud, aplaudida por Mill, de los primeros cristianos en las comunidades en que vivían. John Stuart Mill se admira de comprobar que ante los ojos de los demás lo impresionante era el amor que se profesaban los cristianos de las primeras comunidades. Así lo expresa:

Podemos estar seguros que entre los primeros cristianos todo sucedía de modo muy diferente. Cuando sus enemigos (los del cristianismo) decían: “Mirad cómo se aman los cristianos los unos a los otros”, los cristianos sentían, a no dudarlo, mucho más vivamente el peso de su creencia.³⁰

De la afirmación anterior parece colegirse la importancia que tiene la experiencia religiosa en los individuos. En este caso es la persona de Cristo la que provoca esa experiencia. Experiencia, por otra parte, que es tal por la coherencia entre la predicación y la *praxis* de Cristo en su vida y en su relación con los demás. Por lo tanto, puede entenderse que para Stuart Mill la persona de Jesucristo, sus enseñanzas, sus normas de vida para Él y para los demás eran algo atractivo, algo que tenía como fin el bien de la humanidad. Jesús de Nazaret,

30 Cfr. MILL, John S., *Sobre La Libertad*, 3ª Edición, Buenos Aires, Aguilar, 1962, pp. 99-100.

resulta así en Mill un biotipo, un modelo a seguir porque es portador en su ser de la idea de felicidad para todos. Se esboza así un modelo personal de utilidad.

Sabido es que la vida de Jesús fue una constante evangelización; un mostrar la religión como un elemento de liberación para el ser humano; liberación para que la persona actúe buscando su felicidad, pero a través del aumento de felicidad de todos. Esto hace que el mensaje de Cristo, sus enseñanzas, sean tenidas por Stuart Mill desde una perspectiva de amplitud. La búsqueda de la mayor felicidad para la mayor cantidad de personas exige amplitud de miras y no cerrazón. El propio Stuart Mill llega a decir: “creo que las palabras de Cristo son visiblemente todo lo que han querido ser: que no son irreconciliables con nada de lo que exige una moral amplia”³¹.

Por consiguiente, la visión que manifiesta John Stuart Mill acerca de Cristo es una visión humana, referida al tiempo y espacio histórico. Es la excelencia humana de Cristo la que realmente cautiva a Stuart Mill hasta el punto de vincular Cristianismo y Utilitarismo como doctrinas coincidentes en la consecución de máxima felicidad. Mill se ubica al lado de Jesús, más que de Dios, el cual le resulta inescrutable. Pero Jesús es Hijo de Dios, es su encarnación; es la figura moral por excelencia. Así parece desprenderse de sus palabras: “Por esto es Cristo, más que Dios, para el Cristianismo la referencia, el cual ha sido sostenido para los creyentes como patrón de perfección para la humanidad. Es el Dios encarnado, más que el Dios de los judíos o de la Naturaleza”³².

Para Mill, en la persona de Jesús, en su modo de vivir y manifestarse hay un distintivo personal, propio del genio. Un sello personal que se mantiene en toda circunstancia y adversidad, por lo cual Stuart Mill coloca a Jesús en primera línea de seres talentosos, excepcionales de los que la humanidad debe sentirse orgullosa e impelida a imitar³³. El ser excepcional en Stuart Mill es acuñado con el concepto de genio. Genio en el pensamiento milliano hace referencia al individuo creativo, capaz de transformar la realidad en una situación mucho más ventajosa para todos. Ciertamente que esa fue la tarea de Cristo a través de su palabra y sus

31 Op. cit., pp. 111-112.

32 Cfr. MILL, John S., “Theism”, en: ROBSON, John M (Ed.) *Collected Works of J. S. Mill* (o.c.), vol X, *Essays on Ethics, Religion and Society*, p. 478: For it is Christ, rather than God, whom Christianity has held up to believers as the pattern of perfection for humanity. It is the God incarnate, more than the God of the Jews or of Nature.

33 Op. cit., pp. 487-488: In the life and sayings of Jesus there is a stamp of personal originality combined with profundity of insight, which if we abandon the idle expectation of finding scientific precision where something very different was aimed at, must place the Profet of Nazareth, even in the estimation of those who have no belief in his inspiration, in the very first rank of the men of sublime genius of whom our species can boast.

hechos. Es por ello que el propio Stuart Mill dice con respecto a las enseñanzas de Cristo –enseñanzas humanas y morales a fin de cuentas– que:

Concedo que los preceptos de Cristo tal y como aparecen en el Evangelio llevan algunas clases de bondad moral hasta alturas que no se habían alcanzado antes [...]. Como quiera que sea este beneficio ya lo hemos ganado; la humanidad lo posee ya; es pertenencia suya, y no puede perderse, como no sea a cambio de regresar a la barbarie primitiva³⁴.

Stuart Mill saluda, pues, positivamente los preceptos de Cristo como indicadores a seguir para la consecución de una vida feliz y que pueda aumentar la felicidad de la sociedad.

6. CRITICA DE MILL AL CRISTIANISMO

No obstante expuesto lo anterior, hay que indicar que Stuart Mill no es creyente; tampoco ateo. Su postura es un posicionamiento filosófico de máximo respeto hacia las creencias religiosas, sobre todo hacia el Cristianismo. Pero como buen filósofo que usa la razón para separar lo conveniente y lo inconveniente, también encuentra Mill aspectos susceptibles de crítica en torno al cristianismo.

En su análisis crítico al cristianismo, el hijo de James Mill observa que la religión cristiana, por una parte defiende un mensaje pleno de esperanza y optimismo para la humanidad; pero, por otro lado esa misma enseñanza habla de condenación eterna. Y en medio de todo esto, se afirma la existencia de un Ser al que se le invoca como Padre que ama y castiga, algo contradictorio para Mill. Se trata de la cuestión del sobrenaturalismo cristiano, que en tanto que sobrenaturalismo a un empirista como Mill le plantea problemas. Ante lo que para él resulta contradictorio, el discípulo de Bentham afirma con respecto al sobrenaturalismo lo siguiente:

Sólo una forma de creencia en lo sobrenatural, una sola teoría respecto al origen y gobierno del universo, está absolutamente libre de contradicción intelectual y de desviaciones morales. Es la que ve la Naturaleza y la Vida no como expresión del carácter moral y del propósito de la Deidad, sino como el producto de una lucha entre el bien ordenador y la materia ingobernable, como pensaba Platón, o entre el Bien y un Principio del Mal, según se expresa en la doctrina de los Maniqueos³⁵.

34 Cfr. MILL, John S., *La Utilidad de La Religión* (o.c.), pp. 66-67.

35 Op. cit., p. 88.

Al margen de las influencias platónicas y hasta maniqueas de esta afirmación, lo que parece obvio es que el relato de la lucha entre fuerzas del bien y del mal presente en tantos relatos míticos también lo recibe positivamente Mill. Lucha que se da en este mundo categorizado con el espacio y el tiempo, esto es, se trata de una lucha en la historia. Ante ello es oportuno observar cuál es el fin de la historia. Y sucede, como en tantas otras religiones y relatos míticos, que el fin es el triunfo del bien sobre el mal. El sentido de la historia y el fin de la misma es ese, y es algo ya previsto desde la eternidad en la mente del Ser Supremo a quien debemos todo cuanto existe en la naturaleza:

(El ser humano) va logrando progresivamente aproximarse al último y definitivo triunfo del bien contra el mal. Esa es la finalidad hacia la que apunta la historia, y la que esta doctrina nos enseña a mirar como algo planeado por el Ser a quien debemos todo lo que de benevolente hay en la naturaleza³⁶.

Stuart Mill habla de Ser Supremo. Lo quiera o no, pese a su talante crítico contra los sobrenaturalismos, utiliza una terminología religiosa y que implica idea de creencia en un Ser supremo, Dios. Y sí, Stuart Mill entra en debate con la idea de Dios, de su existencia –como se trató más arriba– y lo considera no-todopoderoso; es más, el autor de *El Utilitarismo* rechaza “irrevocablemente la idea de un creador omnipotente”³⁷. Pero entonces hay que plantear a Mill ¿qué esperanza tiene el individuo si Dios no es todopoderoso? Para Mill es en este punto, como en otros, donde el creyente se pierde en la angustia existencial que comporta el mal cuando le acomete con adversidades que en ocasiones son sin sentidos. Por ello Mill entiende que el creyente solucionaría bastantes de las dificultades y sinsabores que le sobrevienen si asumiese que aunque su divinidad es benevolente, no es todopoderosa. Para Mill en este punto la religión cristiana quizá no haga mucho bien al creyente; y el creyente debería asumir e interiorizar que las cosas suceden, buenas o malas, en bastantes ocasiones sin más; y que la culpa del mal en el mundo no es de Dios. Y la explicación que ofrece John Stuart sobre la existencia del mal es que el mal en el universo no es imputable a Dios, no es Él el culpable, sino que el mal que acontece sucede a pesar de ese Dios³⁸.

Ahora bien, si como dice Mill Dios es bondadoso, pero no todopoderoso, entonces el concepto de Dios adolece de contradicción, dado que ¿cómo puede ser Dios tal, si no es todopoderoso? Parece que para Stuart Mill lo auténticamente

36 Op. cit., p. 89.

37 Op. cit., p. 88.

38 Op. cit. p. 89. Así mismo, id. *Three essays on religion*, p. 455, donde esta idea de que el Creador no es totalmente capaz para controlar el universo de modo total y perfecto se muestra también aquí por parte de Mill.

divino es la Naturaleza; y dentro de ésta el ser humano dotado de libertad, la esencia del mismo. Un ser humano que tiene que habérselas consigo mismo y con los demás en la vida. Vida y Naturaleza parecen ser categorías divinas para Mill. Es el ser humano, ser de la Naturaleza, el que en su vida al obrar bien se diviniza y cuando lo hace contrariamente al bien, se vuelve un ser abyecto. Estos parecen ser los aspectos místicos y religiosos para Mill, pero no sobrenaturales.

Por consiguiente, Stuart Mill, respetuoso con las creencias religiosas y con el cristianismo, asume la posibilidad de la existencia de Dios, pero no es un ser todopoderoso; tampoco entiende congruente compatibilizar la idea de Dios con la de un ser que haya creado un cielo y un infierno, que ame y que castigue. Con todo, parece entonces oportuno plantear ¿por qué la religión puede ser útil a la sociedad?

7. ¿POR QUÉ PUEDE SER ÚTIL LA RELIGIÓN?

Frente a otros filósofos que dirigían los tratados de teología a las llamas, como Hume; o que denigran la religión a la categoría de droga adormecedora, como Marx; o que directamente desean acabar con la moral de su tiempo por estar fundamentada en el Cristianismo, como Nietzsche; frente a ellos, Stuart Mill es respetuoso. Intenta sacar todo lo que de positivo pueda tener la creencia religiosa en general y la cristiana en particular para las sociedades. Al objeto de mostrar con el mayor rigor si es o no útil la religión para el individuo, para la sociedad, será tenido en cuenta de modo especial el ensayo *La Utilidad de la Religión*, pero también otras obras generales de Mill que aluden a esta cuestión

La postura de Mill en torno a cuestiones religiosas tales como la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, el cielo, el infierno ha sido ya apuntada como un posicionamiento tolerante y de cautela. Al contrario que otros de sus contemporáneos John Stuart Mill trata de encontrar utilidad a las creencias religiosas, incluso frente a su progenitor, James Mill, que llegó a ordenarse como presbítero protestante y posteriormente abandonó la profesión de tal religión, entre otras cosas porque no podía concebir a un Dios hacedor de un cielo y un infierno. Además téngase presente que Stuart Mill nunca se declaró creyente ni profesó ninguna religión. Con todo esto la cuestión es ¿Por qué le interesa la religión, las creencias religiosas a Mill? ¿Qué utilidad tiene la religión? La respuesta entronca con la moral, si cabe, dado que la religión para el autor de *Utilitarismo* es una praxis, una actividad práctica que comporta una determinada conducta. Esa actividad práctica puede, según Mill, proporcionar felicidad o desgracia. Por tanto, la religión es fuente de placer o dolor en términos morales. Lo que Mill analiza en concreto sobre si es útil o no la religión es:

Lo que me propongo es averiguar si la creencia en la religión, considerada como mera persuasión y dejando aparte la cuestión de su verdad, es realmente indispensable para el bienestar temporal del género humano, si la utilidad de la creencia es intrínseca y universal o, por el contrario, local, pasajera y, en cierto sentido, accidental, y si los beneficios que produce no pueden ser obtenidos de otra forma³⁹.

Persuasión o sugestión del individuo para ser feliz; intrínseca o connatural a todo individuo o subjetiva; y, finalmente, lo que proporcione de felicidad puede o no puede ser dado por otra vía. Estos son realmente los tres objetivos que Mill pretende alcanzar al responder a esta cuestión de la utilidad de las creencias religiosas. En realidad, la preocupación por esta cuestión le viene a John Stuart de su etapa más temprana, cuando con 16 años, y de entre las lecturas que le proporcionaba su padre, leyó “un libro titulado *Análisis de la influencia de la religión natural en la felicidad temporal de la Humanidad*”⁴⁰. Como el propio Mill relata “se trata de uno de los libros que más contribuyeron a mi formación”⁴¹, ya que el texto versaba sobre “la utilidad de la creencia religiosa, tomada ésta en un amplio sentido y con independencia de tal o cual revelación en particular”⁴².

La religión, en general, y la cristiana en particular pretenden dar respuestas a las diversas preguntas radicales que se hace el ser humano. En tanto el ser humano busca el sentido de su devenir, no es menos cierto que por naturaleza tiende hacia el placer y procura evitar lo doloroso. Pero dado que la existencia humana tiene en ocasiones más insatisfacción que placer, es por ello que aparece la cuestión de la vida más allá de la muerte como posibilidad de alcanzar las satisfacciones que aquí no se encontraron. Pero entonces, parece colegirse que el individuo no es feliz por naturaleza y que necesita de la religión, como si de un motor se tratase, para alcanzar, o creer alcanzar, esa felicidad.

Por consiguiente, la función que la religión cumple para Stuart Mill es como si se tratase de un motor de emociones y sentimientos. La religión en Mill, su esencia, es mover los sentimientos y emociones del individuo a obrar buscando la felicidad máxima⁴³. Se trata, pues, de que las creencias religiosas interpelen al individuo a actuar por el bien de todos. Ello implica trasfondo moral, y además

39 Op. cit., pp. 38-39.

40 Cfr. MILL, John S., *Autobiografía*, Madrid, Alianza, 1986, p. 88.

41 Ibid., p. 88

42 Ibid., p. 88.

43 Cfr. MILL, John S., *La Utilidad de la Religión* (o.c.), p. 19. Ya en el capítulo de Introducción de esta obra, Carlos Mellizo (autor de la Introducción) afirma que en esta obra John Stuart Mill entiende la religión como actividad práctica que puede producir en el ánimo estados de felicidad o desdicha, fuente de placer o de dolor moral. Lo que John Stuart Mill pretende es saber si las distintas religiones y el cristianismo aumentan o no la felicidad terrenal.

entraña la creencia en unos valores, tales como desprendimiento, olvido de uno mismo, afanarse por el bien de todos, respeto a los más desfavorecidos y otros similares. Ante ellos, Stuart Mill se muestra totalmente de acuerdo, y reconoce absolutamente en este sentido la doctrina cristiana:

El mandamiento nuevo de amar al prójimo; el reconocimiento de que los hombre mejores son los que sirven, y no los que son servidos; el respeto al débil y al humilde, por ser ellos, y no los fuertes, los que ocupan el primer lugar a los ojos de Dios y tienen supremacía sobre los demás hombres; la lección que enseña la parábola del buen samaritano; aquello de “el que esté libre de pecado, que tire la primera piedra”, el precepto de hacer con los demás lo que quisiéramos que se hiciera con nosotros, y otras reglas morales semejantes que pueden encontrarse en las doctrinas de Jesús de Nazaret: todas estas cosas están, ciertamente, en armonía con la inteligencia y sentimientos de hombres y mujeres buenos, y no hay peligro de que desaparezcan, una vez que han sido adoptadas como credo por quienes constituyen lo mejor de nuestra especie⁴⁴.

Es evidente que el que esta *praxis* esté presente en los individuos lo es en virtud de unas creencias religiosas cristianas. Quien así obra, el que se comporta en su vida de este modo es porque cree en las enseñanzas y vida de Jesús y porque ha interiorizado esas enseñanzas. Mill, de acuerdo con esto, le da importancia a la educación como herramienta que ayuda a que las personas hagan suyas esas normas, normas que se sostienen en unas creencias; y creencias que en nada chocan con la inteligencia y los sentimientos. No en vano él mismo afirma “lo tremendo que es el poder de la educación y el efecto a que da lugar el hecho de inculcar en las gentes, desde la infancia, una serie de hábitos fundados en la creencia correspondiente”⁴⁵. Por ello, no parece que corran peligro tales creencias porque éstas pretenden sacar lo mejor que tienen las persona dentro de ellas, y pretenden motivar al individuo, “ponerlo en marcha” para acrecentar la mayor felicidad. No es extraño que Mill diga que “habrá dificultades para que esto se lleve a cabo [...]. Pero que esas cosas se olviden o que dejen de actuar sobre la conciencia humana, es algo que debe juzgarse imposible mientras siga habiendo seres humanos educados o civilizados”⁴⁶.

Stuart Mill llegado aquí, y considerando el poder de la educación, se plantea que aceptado que las creencias religiosas pueden calar con más profundidad en las mentes menos instruídas ¿cómo puede suceder lo mismo en las mentes más formadas? La respuesta va en la dirección de la propia utilidad que tiene la religión: para las mentes menos instruídas porque proporciona unos indicadores

44 Op. cit., pp. 67-68

45 Op. cit., p. 46.

46 Op. cit., p. 68.

sencillos para bien dirigirse en la vida; para las mentes más notables por el ansia de conocimiento. En este sentido puede ser oportuno dejar que se exprese Mill:

La existencia humana está rodeada por el misterio, y el misterio aumenta cuando consideramos que el dominio de nuestra existencia no es solamente un islote en medio de un espacio infinito, sino también en medio de un tiempo infinito [...]. Ignoramos el origen y el destino final de todo lo que es [...]. ¿No sería todavía mucho más interesante para nosotros averiguar o, incluso, conjeturar de dónde provino este mundo próximo en el que habitamos? ¿Quién no desearía este conocimiento? Pero sólo podemos penetrar en esa región haciendo uso de nuestra imaginación, creando fantasías [...]. La religión es el producto de un hambre por saber si esas concepciones imaginativas se corresponden con otras realidades que existen en otro mundo distinto del nuestro. En un estado así, la mente está dispuesta a aferrarse a cualquier rumor que se refiera a la existencia de otros mundos, especialmente cuando estos rumores son propalados por personas a quienes se considera más sabias y prudentes⁴⁷.

Aparece así, el ser humano como un filósofo, en el sentido de que la persona humana –recordando a Aristóteles– por naturaleza tiende a saber, a querer conocer. ¿Conocer qué? No sólo cuanto le rodea en este mundo acotado espaciotemporalmente, también conocer aquello en lo que cree y de lo que no tiene certeza. Esas creencias parecen ser el consabido *ya-pero-todavía-no* de la escatología cristiana. En tanto sucede esto, la religión cristiana aparece como algo que proporciona al ser humano esperanza; y la esperanza implica un comportamiento, una conducta, presidida por la construcción de algo mejor. De este modo, deja atrás a su mentor Bentham y a su padre James Mill en la visión de la religión que ellos tenían, más negativa e improductiva.

Por lo tanto, John Stuart Mill retoma las cuestiones de la religión desde otra perspectiva distinta a la de sus mentores. Y de este mismo parecer es también, en nuestros días, Isaiah Berlin en su estudio sobre Mill: “No rechazó la religión como un conjunto de fantasías y emociones infantiles, ilusiones confortadoras, jerigonzas místicas y mentiras deliberadas. Mantenía que la existencia de Dios era posible e incluso probable [...] Consideraba la inmortalidad como posible”⁴⁸. Se muestra así cómo en Mill, la libertad en general, y la libertad particular de creencias, opiniones, pareceres junto a la religión guardan relación desde la idea

47 Op. cit. pp. 72-73. Mill establece, al respecto, una interesante comparación entre religión y poesía: se trata de mostrar que la religión, como la poesía, tratan de explicar desde la imaginación y la fantasía otras realidades que nada tienen que ver con las que nos rodean espaciotemporalmente.

48 Cfr. BERLIN, I., *John Stuart Mill y los fines de la vida*, en *Cuatro Ensayos Sobre La Libertad*, Madrid, Alianza, 2001, p. 318.

de tolerancia, o como dice Berlin: “Mill consideraba la libertad y la tolerancia religiosa como protección indispensable de toda religión verdadera”⁴⁹.

Un filósofo como él, es fácil entender que también tuviera su propuesta religiosa, la cual tiene similitudes con las enseñanzas de Jesús de Nazaret, un Jesús histórico del que Mill se sentía atraído.

8. LA RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD Y LA FELICIDAD

Es en virtud de esa tolerancia de la que da muestras claras Stuart Mill, desde donde el de *Pentonville* respetando y considerando los innumerables bienes que ha proporcionado a la sociedad la religión cristiana⁵⁰ plantea su propuesta religiosa. Stuart Mill no es creyente cristiano católico, pero tampoco ateo como ya se ha dicho. Por lo tanto, será inteligible que un pensador como él proponga lo que él entiende que es la única posibilidad frente al sobrenaturalismo cristiano. Y esta propuesta se tematiza en lo que él denomina Religión de la Humanidad.

Ahora bien ¿cuáles son las condiciones para que esa propuesta sea considerada como una religión? El propio Mill plantea esta cuestión y afirma que:

Tiene que ser un credo, una convicción sobre la vida humana en su totalidad; una creencia, o cuerpo de creencias deliberadamente adoptadas, respecto del destino y deber de los seres humanos. Más aún tiene que ser un sentimiento conectado con este credo, o capaz de ser evocado por el, de modo que proporcione de hecho la autoridad suficiente para conducir la conducta humana⁵¹

Se dan en esta consideración de Mill sobre la Religión de la Humanidad aspectos que, para un empirista, distan bastante del rigor y la exactitud que pretenden siempre estos filósofos, a saber, creencia y sentimiento. La idea de creencia a la que remite Stuart Mill está lejos de la idea de conocimiento o certeza; lo mismo sucede con la idea de sentimiento. Y, empero, el autor de *La Utilidad de la Religión* considera que una religión es eso, creer. En este caso

49 Op. cit., p. 319.

50 Cfr. MILL, John S., *Sobre la Libertad* (o.c.), p. 110

51 Cfr. MILL, John S., “Nature”, en: ROBSON, John M. (Ed.), *Collected Works of John Stuart Mill*, vol X *Essays on Ethics, Religion and Society* (o.c.), p. 356: What, in truth, are the conditions necessary to constitute a religion? There must be a creed, or conviction, claiming authority over the whole of human life; a belief, or set of beliefs, deliberately adopted, respecting human destiny and duty. More over, there must be a sentiment connected with this creed, or capable of being evoked by it, sufficiently powerful to give it in fact, the authority over human conduct to which it lays claim in theory.

es creer en un conjunto de normas, leyes, que son consideradas como valiosas por el individuo para conducir su conducta en la vida. Más todavía, para Stuart Mill el creyente de la Religión de la Humanidad debe unir sus sentimientos a ese credo para que le “emocione”, le ponga en marcha, le haga actuar conducido por ellas. Pero ¿hacia dónde? ¿Qué ha de hacer el hombre religioso de Mill? Ese ser humano debe actuar como sigue: “El sentido de unidad con el género humano y un profundo sentimiento por el bien común pueden cultivarse hasta el punto de constituir un principio que satisfaga todas las funciones importantes de la religión y que pueda con justicia apropiarse del hombre”⁵². En Mill, son los demás, los otros el objetivo. Es en los otros junto con cada uno donde se encuentra la idea de bien común. Mill está planteando la importancia de la dimensión de alteridad que posee el individuo; que el ser humano sin el otro y sin salir al encuentro del otro no se realiza. Sólo preocupándose por el bien general la vida tiene sentido. Ese debe ser el ideal del ser humano que vive en las sociedades; y debe ser un ideal lo suficientemente sólido para mover los sentimientos y las creencias de las persona. Por eso John Stuart afirma que:

La esencia de lo religioso es una fuerte y determinada orientación de las emociones y deseos hacia un objeto ideal, reconocido como algo excelente en grado sumo y como algo que tiene absoluta supremacía sobre todos los objetos egoístas del deseo. Esta condición es cumplida por la Religión de la Humanidad en grado tan eminente y con un sentido tan elevado como puedan cumplirla las religiones sobrenaturales.⁵³

De este modo Stuart Mill equipara, en lo tocante a *praxis*, la Religión de la Humanidad con el Cristianismo. Ambas son capaces de mover a las personas sacando lo mejor de su interior. Pero Mill reconoce la ventaja del Cristianismo sobre su propuesta de religión al comprender que el Cristianismo aventaja a la Religión de la Humanidad en la esperanza de una vida plena y eterna tras el finiquitamiento de la vida biológica del individuo en esta tierra⁵⁴. Pero pese a esta notable diferencia no hay contradicción entre ambas y es comprensible la mencionada diferencia pues la religión sobrenatural tiene ventaja frente a la religión positiva de la humanidad sencillamente porque esta última caería en contradicción al admitir la existencia de una vida más allá de esta física sin la oportuna demostración y explicación rigurosa.

52 Cfr. MILL, John S., *La Utilidad de la Religión* (o.c.), p. 81.

53 Op. cit., p. 80.

54 Cfr. MILL, John S., “Utility of Religion”, en: ROBSON, John. M. (Ed.), *Collected Works of John Stuart Mill*, vol X, *Essays on Ethics, Religion and Society* (o.c.), p. 429: One advantage, such as it is, the supernatural religions must always possess over the Religion of Humanity; the prospect they hold out to the individual of a life after death.

Es más, en lo que se refiere al tratamiento sobre la muerte, ambas religiones –cristiana y milliana– tienen coincidencias. Coinciden en que la vida humana es un tránsito para ambas concepciones religiosas y no hay que temer a la muerte. Así lo dice Mill:

El mero dejar de existir no es un mal para nadie. La idea que resulta aterradora es la que se forja la imaginación al fabricar esta fantasía: la de imaginarnos como seres vivos, sintiéndonos al mismo tiempo muertos. Lo odioso de la muerte no es la muerte misma, sino el acto de morir y sus lúgubres circunstancias⁵⁵.

Parece que después de esa afirmación, pocas dudas ofrece la consideración de Mill en torno a la muerte, como una consideración que coincide con la del Cristianismo. La vida es camino. Y ese camino que supone la vida biológica debe ser aprovechado para que el individuo haga el bien y no el mal. En el Cristianismo y en la Religión de la Humanidad el ser humano es un ser para la vida. Eso sí, en el Cristianismo es para la Vida Eterna y en Mill para la vida biológica en la que el individuo emocionado por su credo se afanará en dejar un mundo mejor para los que le sucedan, que también formarán la humanidad futura en este mundo. Y en todo caso Stuart Mill entiende que haya naturalezas muy sensibles para las que la esperanza en un mundo futuro eterno es crucial. Este hecho él mismo lo valora, puesto que “si bien no hay nada que pruebe su existencia, tampoco hay nada en nuestro conocimiento o experiencia que sea capaz de contradecirlo”⁵⁶

Se ven, pues, coincidencias entre ambas religiones. Más aún, Stuart Mill concibe compatibilidad entre ambas religiones, la cristiana y la de la humanidad, y no en vano afirma que:

Ambos tipos de religión pueden ser predicados a la vez; y cualquier persona para quien el bien ideal y el progreso del mundo hacia el bien sea ya una religión, aunque el otro credo le pueda parecer que no está basado en una adecuada evidencia, podrá, sin embargo, dejarse invadir por el pensamiento consolador y esperanzador de que su verdad es también posible⁵⁷

Por lo tanto, lo importante es el bien ideal. Un bien ideal que en John Stuart Mill es el bien común, la felicidad general. Y lo importante es que el individuo se sienta movido por un cuerpo de valores que dirijan su acción en aras de la felicidad de todos. Y todos deben hacerlo en sus sociedades. Trabajar por el bienestar de todos, desde la sociedad, se convierte para Mill en un credo; en algo que busca y propicia la felicidad de la mayoría; en una religión que por eso la denomina Religión de la Humanidad.

55 Cfr. MILL, John S., *La Utilidad de la Religión* (o.c.), pp. 92-93.

56 Op. cit., p. 93.

57 Op. cit., p. 90.

9. CONCLUSIONES GENERALES

Tras la exposición anterior resulta oportuno esbozar una serie de conclusiones en torno a la idea de religión que maneja John Stuart Mill. Al mismo tiempo se trata de concretar, más si cabe, si la religión es útil o no para la sociedad. Tras el discurso que precede a estas conclusiones, parece que Stuart Mill relea la religión de una manera positiva como elemento que forma parte de las sociedades ¿Por qué resulta esto? Sencillamente porque Mill, educado rigurosamente por su padre James Mill, realmente no fue introducido en todo lo tocante a religión, metafísica o incluso poesía, tal como el propio Mill afirma en su *Autobiografía*⁵⁸. Y no lo fue deliberadamente por su progenitor por desdeñar éste estos ámbitos dentro del conocimiento. De ahí nace el deseo de Mill por estos territorios cognoscitivos que le fueron vedados por su padre. John Stuart Mill reconoce en su *Autobiografía* no haber sido educado en ninguna creencia religiosa⁵⁹, pero con gran respeto también reconocerá el máximo bien que ha hecho la religión y la moral cristiana a la humanidad.⁶⁰

Se puede concluir que John Stuart Mill, en lo tocante a la religión en general y al Cristianismo en particular, mantiene una doble postura. Por un lado, en lo relativo a cuestiones teológicas como, por ejemplo, la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, o la vida después de la muerte, se muestra respetuoso y, como buen empirista, no niega la posibilidad de la inmortalidad del alma ni de la existencia de una vida futura. Asume la posibilidad de la existencia de Dios, pero le ocasiona problema el que un Ser Supremo haya destinado un cielo para unos y un infierno para otros. Desde esta perspectiva se puede hablar del Stuart Mill “teólogo”.

Por otro lado, está su posicionamiento ante la dimensión social de la religión cristiana. La religión es tenida por él como un hecho social más⁶¹. Así, la religión cristiana posee una dimensión social. Aceptado esto en Mill, la religión como tal remite a algo o alguien. Religión supone religación, estar religado a alguien o a algo. Aquí es donde se muestra la superación de las posturas negativas y críticas frente a la religión cristiana que tenían su padre, su mentor Bentham y otros tantos filósofos de su época como Nietzsche, Marx o Feuerbach. Stuart Mill da un salto cualitativo frente a todos ellos y reformulando la doctrina del utilitarismo benthamita sitúa en los cimientos del Utilitarismo al Cristianismo.

58 Cfr. MILL, John, S., *Autobiografía* (o.c.), p. 37; 41; 63-ss.

59 Op. cit., p. 61.

60 Cfr. MILL, John S., *Sobra la Libertad* (o.c.), p. 110.

61 De esta opinión serán también Emile Durkheim y Max Weber

Es de esta manera cómo se puede entender que un filósofo no creyente como Mill, acepte el amor al prójimo, el querer que la persona actúe con los demás como le gustaría actuar con él, como la regla del Utilitarismo. Regla contenida y aludida por Stuart Mill en la vida, pensamientos y hechos de Jesús de Nazaret. Si la religión supone estar religado a otro elemento es porque ese o esos elementos resultan valiosos y atractivos. Pero eso que es valioso, ese valor que se adopta como *axia* o eje para dirigir las acciones no es algo abstracto. Es algo que es portado por las personas. Así, la persona es la portadora de valores. Cuando Mill alude a Cristo, está reconociendo en Él que es portador de los valores de la solidaridad, el respeto, la ayuda al prójimo, la búsqueda de la felicidad general y del bien común. Para Mill, Cristo es portador de dichos valores porque los muestra en sus palabras y en sus hechos, siempre en *pro* de los más desfavorecidos y dispuesto a aumentar la felicidad general, puesto que el ser humano viene a este mundo a ser feliz con los demás y no a costa de los demás.

Del mismo modo que Cristo se inserta en la sociedad de su época y quiere transformarla en una sociedad más feliz y humana para todos, así Stuart Mill en su tiempo, y siguiendo la llamada por él mismo regla de oro del Utilitarismo, se implica socialmente, ocupará puestos en el Parlamento y defenderá el aumento de derechos sociales de las personas con el convencimiento de que ello será beneficioso para la sociedad. En este aspecto la actitud de Mill en lucha por los menos favorecidos socialmente en su época recuerda la dimensión social del Cristianismo que hoy día actualiza el Papa Francisco cuando llama la atención a no relegar la religión a la esfera individual, y a la necesidad de preocuparse por la salud de las instituciones públicas y por los acontecimientos que afectan a los ciudadanos⁶².

De este modo, se puede entender que John Stuart Mill no creó algo absolutamente nuevo al defender el Utilitarismo, puesto que como él reconoce, y se ha dicho, ya está presente en Jesús de Nazaret. En la otra dirección, se puede comprender que el Cristianismo es en cierto modo Utilitarismo. Lo es en tanto que se compromete socialmente en las sociedades con el objetivo de acrecentar la felicidad para la mayor cantidad de personas; lo es, cada vez que actúa solven-

62 Cfr. Francisco I, Papa, *Evangelii Gaudium*, Madrid, San Pablo, 2013, p. 170. Ya se citó con anterioridad cómo Stuart Mill valora positivamente normas dadas por Cristo a sus contemporáneos y que tienen una honda implicación social, entre ellas la de proteger a los más desfavorecidos. Todas las épocas históricas cuentan con pobres, la de Cristo, la de Mill, nuestra sociedad actual también. Se pretende mostrar aquí cómo un filósofo no creyente tiene en común en su pensamiento una sensibilidad compartida hoy con el actual pontífice: la de los pobres. Esos pobres de la época de Mill eran obreros de fábricas en pésimas condiciones laborales, también lo eran sus esposas, sus hijos sin acceso a la educación.

tando problemas concretos a realidades concretas en las sociedades. Esto es algo que en nuestros días cobra especial relieve en la coyuntura actual de crisis que se vive. Y también en este sentido nuevamente resuenan las palabras del actual Pontífice que se muestra hondamente preocupado por el acceso a la educación, la mejora de la salud, la dignificación del trabajo y de un salario justo⁶³. También Stuart Mill se afanó por mejorar su sociedad en estos aspectos⁶⁴.

Por tanto, se puede concluir que en John Stuart Mill la religión en general, y la cristiana en particular a la que dedica tanta reflexión, son útiles si y sólo si acrecientan la felicidad de la sociedad. El Cristianismo es útil si aumenta la felicidad en las sociedades⁶⁵, si logra mayor felicidad para la mayor cantidad de seres humanos. Y si lo logra es porque tiene un eje fundamental, Cristo, portador de todos esos valores. Parece, pues, que para Mill la religión cristiana es útil.

Se ve, por tanto, en Mill una sensibilización religiosa más en la dimensión social que tiene la religión. Lo que se echa en falta en Mill es la fe. No fue dotado con ese don gratuito y por ello le plantearán dudas las cuestiones teológicas fundamentales antes citadas. Pero probablemente Stuart Mill, su pensamiento moral y social, pueda encajar en las palabras de Cristo que nos son recordadas en Mt 25, 40 cuando llama benditos e hijos de su Padre a quienes asistieron a los más necesitados y lucharon por la paz y el bienestar. Ante esta llamada, los interpe- lados responden preguntando cuándo obraron de ese modo. La respuesta, como es sabida, es realmente ilustrativa: “cada vez que lo hicisteis con uno de estos”. Es el llamado Evangelio de los agnósticos e incluso de los ateos. John Stuart Mill podría ser ubicado también ahí.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BERLIN, I., “John Stuart Mill y los fines de la vida”, En: BERLIN, I., *Cuatro Ensayos Sobre la Libertad*, Madrid, Alianza, 2001.
- FRANCISCO I, Papa, *Evangelii Gaudium*, Madrid, San Pablo, 2013.
- MILL, John S., *Sobre La Libertad*, 3ª Edición, Buenos Aires, Aguilar, 1962.
- *El Utilitarismo*, Madrid, Alianza, 1984.
 - *La Utilidad de la Religión*, Madrid, Alianza, 1986a.
 - *Autobiografía*, Madrid, Alianza, 1986b.

63 Op. cit., p. 178.

64 Sobre todo el compromiso social de Stuart Mill puede seguirse convenientemente en su obra *Consideraciones sobre el Gobierno Representativo*.

65 Parafraseando al Papa Francisco, se trata de que “la ciudad se llene de alegría”.

- “Nature”, En: ROBSON, John M. (Ed), *Collected Works of John Stuart Mill*, vol X, *Essays on Ethics, Society and Religion, Three Essays on Religion* (pp. 384-478), Toronto, University Press, 1985a, pp. 387-410.
- “Utility of Religion”, En: ROBSON, John M. (Ed), *Collected Works of John Stuart Mill*, vol X, *Essays on Ethics, Society and Religion, Three Essays on Religion* (pp. 384-478), Toronto, University Press, 1985b, pp. 411-431.
- “Theism”, En: ROBSON, John M. (Ed), *Collected Works of John Stuart Mill*, vol X, *Essays on Ethics, Society and Religion, Three Essays on Religion* (pp. 384-478), Toronto, University Press, 1985c, pp. 432-478.